



MARCELO
GULLO OMODEO

NADA POR LO QUE PEDIR PERDÓN

La importancia del legado español frente a
las atrocidades cometidas por los enemigos de España

MARCELO GULLO OMODEO

NADA POR LO QUE PEDIR PERDÓN

La importancia del legado español
frente a las atrocidades cometidas
por los enemigos de España

Prólogo de Carmen Iglesias


ESPASA

Primera edición: octubre de 2022

© Marcelo Gullo Omodeo, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. -2022

ISBN: 978-84-670-6665-4

Imágenes de interior: © Guajillo studio/Shutterstock; © Granger, NYC/Album; © Robert Belbin/Art Directors/ACI; © FLHC 20216/Alamy/ACI; © filipefrazao/istock images; © Westend61/Gettyimages; © Michael Derrer Fuchs/Shutterstock; © Bridgeman images/ACI; © Stefano Bianchetti/Bridgeman Images; ©Heritage Images/Album/Keystone Archives; © Bridgeman Images/RDA/Album; © Hulton Deutsch/Getty Images; © Real Academia de Historia/Alamy/ACI; © EFE; © Keystone Pictures USA/ZUMAPRESS/EFE; © BNE; © akg-images/Album; © CLAUDIO PERI/EFE; © Bettmann/Getty; © Leonardo Fernández/Getty Images; © Chepa Beltran/LongVisual/ZUMA Press Wire/EFE; SOPA Images Limited/Alamy/ACI; Andia/Alamy/ACI; © Vidal/EFE y Berliner Verlag/picture alliance/ZB/ACI.
Iconografía: Grupo Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión:



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

PRÓLOGO, de Carmen Iglesias	17
UNA CONFESIÓN ÍNTIMA	27
INTRODUCCIÓN. QUIEN CONTROLA EL PASADO CONTROLA EL PRESENTE... Y EL FUTURO	31
1. LA ÚNICA CONQUISTA «MALA» ES LA CONQUISTA ESPA- ÑOLA DE AMÉRICA	39
España culpable, arrepentida y avergonzada	39
¿Conquista, invasión o liberación?	40
<i>Un Estado genocida</i>	45
<i>Una cuestión de números</i>	47
Hernán Cortés: ¿conquistador o libertador?	48
<i>Tras la liberación</i>	51
Alexander von Humboldt: un negrolegendario que admiró la obra de España en México	58
<i>En México se comía y se bebía mejor que en París</i>	63
<i>Sobre la suerte de los indios, los mineros y los esclavos</i>	66
<i>La traición de Humboldt</i>	69
Otras conquistas no tan «malas»	72
2. CUANDO DIOS HIZO EL EDÉN, NO PENSÓ EN AMÉRICA ...	75
Mitos perpetuados por los negrolegendarios	75

Un paraíso en la Tierra	80
Un culto rebotante de piedad	83
Las prácticas caníbales no existieron antes de la conquista	86
Un paraíso en el que todos eran políglotas	96
El paraíso del amor	97
3. BARTOLOMÉ DE LAS CASAS: EL «SANTO» QUE CONVIRTIÓ EL INFIERNO EN PARAÍSO	103
Las Casas y sus tiernas «ovejas mansas»	104
Un «amarillista» desenmascarado	105
El padre de la «novela histórica»	110
El «milagro» de inventar el Edén	114
4. MARTÍN LUTERO Y EL RAYO QUE CAMBIÓ LA HISTORIA ..	119
Lutero: de profesor de Teología a líder religioso	120
Un acto de rebelión	122
El mar de fondo de la Reforma protestante	124
El padre del Estado autoritario	130
El rechazo de Lutero hacia los judíos	134
Lutero contra España	136
Un mito llamado Lutero	139
Juan Calvino, el verdadero cerebro de la Reforma	142
La sangrienta extensión de la Reforma	147
<i>La «tolerante» Suecia</i>	148
<i>La «condescendiente» Dinamarca</i>	150
<i>La «incorruptible» Alemania</i>	153
Si España se hubiera hecho protestante... ..	159
5. INGLATERRA: LA NACIÓN ELEGIDA POR DIOS QUE SE CONVIERTE EN UN IMPERIO DEPRDADOR	163
Los ingleses miran al Nuevo Mundo como el gato al canario	164
<i>Amagos de ocupación</i>	166
<i>El anticatolicismo como excusa para la apropiación</i>	168

El mito de la nación elegida por Dios	172
Los lobos de mar isabelinos contra «la Ramera del Papa»	176
La Compañía Inglesa de las Indias Orientales y el expolio de la India	181
<i>El saqueo de Bengala</i>	183
«Los huesos de los tejedores blanquean las llanuras de la India»	186
Churchill, sangre y lágrimas para la India	188
De Estado negrero a paladín humanitario	191
<i>John Locke, un intelectual a sueldo de la oligarquía británica</i>	193
El huevo de la serpiente en el Río de la Plata	199
<i>Por favor, no bombardeen Buenos Aires</i>	203
6. LA «POBRECITA HOLANDA», QUE FUNDÓ UN IMPERIO BASADO EN LA ESCLAVITUD	209
Un poco de historia	212
La Compañía Holandesa de las Indias Orientales	217
El imperialismo holandés	220
<i>Jan Pieterszoon Coen: el Atila holandés</i>	223
<i>Las islas de Banda y el genocidio oculto</i>	224
<i>El efectivo marketing holandés</i>	227
Hugo Grozio, el falso padre del Derecho Internacional ...	229
7. LOS «PIADOSOS» PURITANOS DE ESTADOS UNIDOS, CREADORES DE UNA REPÚBLICA ESCLAVISTA CON UN «DESTINO MANIFIESTO»	233
«Dios ha dejado claro nuestro derecho a ocupar este territorio»	233
<i>Los Pilgrim Fathers</i>	237
La política del exterminio: «El mejor indio es el indio muerto»	239
<i>La razón teológica</i>	242
<i>La razón política: guerra, destrucción y traslado forzoso</i>	245

Todas las armas son buenas para lograr la «solución final» ...	251
La razón de ser de la república esclavista	254
<i>Los blancos también fueron esclavos... o algo parecido</i>	255
<i>Los sirvientes negros de la Casa Blanca</i>	259
<i>Lincoln, el presidente que quería devolver a los negros a África</i>	262
<i>Para que el juicio sea un juicio justo</i>	265
El «destino manifiesto» de Estados Unidos y el sentimiento antiespañol	266
8. LOS OTROS JUECES HIPÓCRITAS DEL «TRIBUNAL DE LA HISTORIA»	271
Francia: libertad, igualdad y guillotina	272
Alemania y el genocidio olvidado de Südwesafrika	280
9. EL FORO DE SÃO PAULO: MANO DE OBRA BARATA DEL IMPERIALISMO	285
Fundamentalismo indigenista	285
« <i>Carta del pueblo originario etrusco a nuestros hermanos de América</i> »	288
La izquierda se «recicla»: del Partido Comunista al Foro de São Paulo	292
¿Qué es el indigenismo?	294
El indigenismo balcanizador: un comunismo que alegra a Washington	298
<i>La atrevida ignorancia de los indigenistas</i>	303
El indigenismo es una construcción neocolonial	308
10. ESPAÑA: ANTES DE JUZGARLA DEBEMOS CONOCERLA	313
La España de la conquista	313
¿Cómo era la España que llegó a América?	316
<i>El hecho histórico de la Reconquista</i>	317
<i>El alma española: un pueblo valiente, leal y generoso</i>	320
<i>Una Esparta purificada por el cristianismo</i>	321
<i>Una Atenas donde brillaban las mujeres</i>	324

Así fue como España hizo América	329
<i>Isabel la Católica marcó la diferencia</i>	333
España, nuestra madre patria	335
11. NO HAY PATRIA SIN HISTORIA	337
EPÍLOGO. CUANDO EL PAPA FRANCISCO ERA EL «PADRE JORGE», O CUANDO NO HABÍA NADA POR LO QUE PEDIR PERDÓN	347
AGRADECIMIENTOS	351
NOTAS	353
BIBLIOGRAFÍA	405
ÍNDICE ONOMÁSTICO	437

1

LA ÚNICA CONQUISTA «MALA» ES LA CONQUISTA ESPAÑOLA DE AMÉRICA

Como no podía ocurrir de otra manera, la empresa de España fue desprestigiada por sus enemigos, y su epopeya, objeto de escarnio, pasto de intriga y blanco de calumnia, juzgándose con criterio de mercaderes lo que había sido una empresa de héroes. Todas las armas fueron probadas; se recurrió a la mentira, se tergiversó cuanto se había hecho, se tejió en torno suyo una leyenda plagada de infundios y se la propagó a los cuatro vientos.

JUAN DOMINGO PERÓN

ESPAÑA CULPABLE, ARREPENTIDA Y AVERGONZADA

La prédica de la leyenda negra fue política de Estado para Holanda, Inglaterra, Estados Unidos y la Unión Soviética. Sin embargo, no han sido muchos los políticos e intelectuales españoles que se han dado cuenta de ese «pequeño detalle», y menos aún los que han intentado contrarrestar esa propaganda política dentro y fuera del país¹. Semejante negligencia ha dado como resultado que España sea la única nación del mundo en la que una parte importante de su población ha asumido la historia que sus enemigos han contado y cuentan sobre ella. Es imposible imaginar a un romano creyendo a pies juntillas la historia de Roma escrita por Cartago, o a un francés de 1914 aceptando al pie de la letra la historia de Francia relatada por Alemania. Pero lo que resulta aún más increíble es el hecho de que exista un importante núcleo de intelectuales, periodistas y políticos que pretenden convencer al pueblo español de que España, por haber descubierto y conquistado América, es culpable de la mayor atrocidad cometida en la historia de la humanidad. Culpable de genocidio, de violaciones masivas, del uso siste-

mático de la tortura y del terror... Desean que los españoles se avergüencen de haber conquistado América y que pidan perdón por ello una y mil veces. Confieso no conocer otro caso en la historia en el que un grupo de miembros del *establishment* político y cultural de un país se dedique con tanto empeño a destruir su propia nación.

¿CONQUISTA, INVASIÓN O LIBERACIÓN?

En efecto, existe una corriente de historiadores —que no por casualidad reciben el apoyo logístico de la cadena británica BBC— que, cada vez que se publica un panfleto disfrazado de libro académico dirigido a denigrar a España, corre presurosa a alzar la voz para afirmar que no debería hablarse ni de descubrimiento ni de conquista de América, sino de *invasión* de América. Todos ellos —herederos del principal mentiroso de la historia de la conquista española de América, Bartolomé de las Casas, cuyos libros publicaron con fruición las potencias enemigas de España— se han apropiado de la historia de este país con fines ideológicos. Para ellos, la historia de España consiste en una serie ilimitada de atrocidades cometidas durante la Reconquista y la conquista de América de las que el pueblo español debería avergonzarse eternamente. Eso es lo que escriben en sus libros y lo que, desde sus puestos de profesores de Historia, enseñan a sus alumnos. Así, con un cierto placer morboso, relatan el «asesinato» del inca Atahualpa a manos del «cruel y sanguinario» Francisco Pizarro, olvidándose de contar que mientras «Pizarro mataba a Atahualpa, que no era sino un rebelde y un usurpador, sanguinario y fratricida, el rey Enrique VIII de Inglaterra asesinaba a su mujer, Ana Bolena»,

y «ahorcaba a 72.000 ingleses»² para resolver el problema de exceso de población que entonces padecía el país.

Los miembros de esa corriente historiográfica son en realidad militantes políticos disfrazados de profesores. Como afirmaba el filósofo Gustavo Bueno, para todos ellos España es un mito y su principal objetivo es la creación de un estado catalán independiente, un estado andaluz independiente, un estado asturiano independiente... Por supuesto, también ven con simpatía la implantación en Hispanoamérica de un estado mapuche, de un estado aimara, de un estado guajira..., y fomentan una suerte de balcanización de Hispanoamérica cuyas consecuencias serían, sin duda, una profundización de la pobreza acompañada de una total insignificancia en el gran tablero de ajedrez que es la geopolítica mundial.

Sin embargo, en algo tienen razón: no hubo conquista de América. Pero ¿hubo invasión? Sin lugar a dudas, para las clases dominantes de los estados totalitarios y teocráticos azteca e inca (nobleza y casta sacerdotal), sí la hubo. Sus respectivas capitales, Tenochtitlan y Cuzco, fueron invadidas por un ejército formado por unos 200.000 hombres a los que tanto aztecas como quechuas habían sometido por la fuerza anteriormente³, puesto que en realidad eran los nietos y los hijos de las mujeres que aztecas e incas habían violado a discreción⁴. En México, por ejemplo, los hombres que integraban aquel ejército de liberación eran los descendientes de las más de 20.000 víctimas⁵ que cada año los aztecas llevaban a la pirámide de Tenochtitlan para arrancarles el corazón y distribuir sus extremidades entre la nobleza para que las esclavas cocinaran el «suculento» *Tlacatlaolli*, un guiso que se preparaba con carne humana y abundante maíz y que se servía con salsa de ají, a gusto del comensal⁶. Asi-

mismo, en Perú, los integrantes del ejército de liberación eran los abuelos, padres y hermanos de las niñas que los incas sacrificaban arrojándolas desde la cima de los volcanes o que enterraban vivas cada vez que se inauguraba un templo o moría un emperador⁷. Se sabe que, cuando terminaron las obras de remodelación del Templo del Sol, el emperador Pachacútec ordenó sepultar vivos a decenas de niños y niñas como ofrenda al dios Sol, y, cuando el gran líder murió, se enterraron junto a él a mil infantes de entre cuatro y cinco años⁸. Por tanto, fueron esos hombres —esclavizados por los aztecas o por los incas— los que, conducidos por un puñado de españoles, invadieron y conquistaron por la fuerza las impresionantes ciudades-fortaleza de Tenochtitlan y Cuzco, lugares que hasta entonces habían sido inexpugnables.

Así pues, para la mayoría de los pueblos oprimidos de Mesoamérica y los Andes no hubo invasión española de América, sino *liberación* del imperio antropófago de los aztecas y del dominio salvaje de los incas. Por ello, el filósofo e historiador mexicano José Vasconcelos no se cansó de repetir que, en realidad, la «conquista» la hicieron los indios. Para los zapotecas, los tlapanecas, los huexotzincas, los atlixcas, los tlaxcaltecas, los tizauhcoacs, etc., la caída de Tenochtitlan supuso el fin del poder azteca, y para los huancas, los chancas, los chachapoyas, los huaylas y los canaris, la caída de Cuzco significó el fin del sometimiento al Imperio inca.

Por supuesto, esas dos guerras de liberación fueron brutales y crueles, tanto como los bombardeos sobre la ciudad de Dresde, realizados por las fuerzas aéreas estadounidense y británica el 13 y el 14 de febrero de 1945, que causaron entre 20.000 y 45.000 víctimas y destruyeron los cimientos de la que hasta entonces había sido una de las ciudades más bellas

de Europa⁹. En Tenochtitlan y en Cuzco, obviamente, corrieron ríos de sangre, tantos como los que corrieron en Tokio a raíz de los bombardeos de las tropas estadounidenses durante la campaña del Pacífico, entre el 9 y el 10 de marzo de 1945, que costaron la vida a más de 100.000 civiles y el desplazamiento de un millón de personas.

Cabe preguntarse si las mujeres de Tenochtitlan y Cuzco fueron entregadas para el disfrute de las soldadesca española, tlaxcalteca o huanca vencedoras. La respuesta es bastante obvia: probablemente así fue —aunque no hay prueba de ello—, como también sucedió —y de esto sí hay pruebas— en Colonia y en Düsseldorf (Alemania), donde los soldados norteamericanos, durante la Segunda Guerra Mundial, violaron a 11.040 mujeres¹⁰ a punta de pistola¹¹. Las tropas estadounidenses tenían la orden de no confraternizar con la población local en territorio enemigo, por lo que la frase «copular sin conversar no es fraternizar» se convirtió en el lema que guiaba su conducta¹². Así, en la batalla de Montecassino, acaecida entre el 17 de enero de 1944 y el 19 de mayo de 1944, «el mariscal francés Alphonse Juin prometió a sus tropas marroquíes, a cambio de romper la línea del frente, al este de Montecassino, 24 horas de licencia total para hacer lo que quisieran con la población civil»¹³. El mariscal cumplió su palabra y las tropas marroquíes cometieron alrededor de 7.000 violaciones de hombres, mujeres y niños, incluyendo las internas de un manicomio¹⁴.

En abril de 1945, las tropas soviéticas liberaron Berlín del nazismo y en apenas un par de semanas dos millones de alemanas fueron violadas por los soldados del Ejército Rojo. Esta fue una de las más crueles batallas de la Segunda Guerra Mundial, porque los alemanes, como relató el general

De Gaulle en sus memorias, actuaron casa por casa¹⁵. Tras la caída de Berlín, Stalin dio luz verde para que los «bravos» soldados soviéticos violasen a cuantas mujeres alemanas encontrasen en su camino, afirmando que, tras una campaña tan dura, «los soldados tenían derecho a entretenerse con mujeres»¹⁶.

A la luz de estos hechos ocurridos durante el siglo xx, ¿se puede afirmar, como hacen los profesores «negrolegendarios», que los españoles deben avergonzarse de su historia porque, en el siglo xvi, los conquistadores recurrieron a las violaciones de mujeres como arma de guerra para sembrar el terror, aun cuando resulte prácticamente imposible documentarlo por falta de pruebas?¹⁷. Además, debemos tener en cuenta otro «pequeño detalle», y es que tanto en Tenochtitlan como en Cuzco las clases sometidas apenas combatieron para defender las ciudades-fortaleza de los tlaxcaltecas y los huancas, respectivamente, ya que, como hemos dicho anteriormente, la caída de esos centros de poder significaba el fin de su propio sometimiento.

Como señala el sociólogo argentino Juan José Sebreli, el Imperio inca poseía muchos de los rasgos del totalitarismo moderno, como el trabajo forzado, el control de la vida privada y el castigo al disidente:

El trabajo forzado en las minas, la mita y el yanaconazgo, que tanto se han condenado en los conquistadores eran ya un procedimiento incaico. [...] El Inca Garcilaso de la Vega decía que funcionarios especiales iban de casa en casa para asegurarse de que todos estaban ocupados y de que los indolentes eran castigados. [...] La educación estaba reservada a la clase privilegiada. La vida cotidiana era gris, triste y monótona hasta el hastío como en todas las sociedades totalitarias¹⁸.

La sociedad que se construyó después de la conquista, aun siendo terriblemente injusta en términos modernos, fue mucho más justa que la existente bajo el dominio azteca o inca, aspecto que explica que, durante la mal llamada «guerra de la independencia hispanoamericana», las masas indígenas no solo se mantuvieron fieles a la monarquía española, sino que combatieron por España incluso después de que Chile y Perú se declarasen independientes¹⁹. Esta es otra de las verdades que los autores negrolegendarios no pueden explicar y que, por tanto, prefieren ocultar.

Entonces, ¿debe avergonzarse España por haber puesto fin al genocidio de zapotecas, tlapanecas, huexotzincas, atlixcas, tlaxcaltecas o tizauhcoacs que los aztecas estaban realizando en Mesoamérica? ¿Debe avergonzarse España por haber derrotado, junto a todos esos pueblos, al imperio caníbal de los aztecas en México y por haber puesto punto final al sacrificio masivo de niños del Imperio inca? Dejo al lector la respuesta a estas preguntas, aunque le pido que tenga en cuenta que, si España debe pedir perdón por haber llevado a cabo la liberación de esos pueblos oprimidos, tanto Estados Unidos como Rusia deberían hacerlo por haber liberado a los pueblos oprimidos por los imperialismos nazi y japonés.

Un Estado genocida

Las dimensiones que alcanzó el imperio antropófago azteca son inusitadas, hasta el punto de que es imprescindible acompañarlas de datos y hechos demostrados. Las excavaciones arqueológicas y los hallazgos fortuitos que se produjeron a raíz de la construcción de grandes obras públicas

—como, por ejemplo, el metro de Ciudad de México— han permitido la aparición de muros y paredes construidos con las calaveras de los sacrificados. La prueba más reciente data de 2015, cuando, gracias a las excavaciones que se realizaron junto a la catedral de Ciudad de México, se encontró una torre de cráneos que se corresponde con la descrita por los cronistas españoles que acompañaron a Hernán Cortés.

Si se analiza la historia sin prejuicios —y no se pretende ocultar la verdad—, se llega a la conclusión de que la «política de estado» de los aztecas consistía fundamentalmente en la conquista de otros pueblos indígenas para disponer de seres humanos con los que honrar a sus dioses y alimentar a nobles y sacerdotes. Como bien explica el filósofo e historiador José Vasconcelos, «en todo el resto de la Tierra se ha juzgado como antinatural matar, y se ha matado sabiendo que se cometía un crimen. Solo el azteca mataba movido por gusto y por mandato de su dios, Huichilobos, siempre sediento de sangre»²⁰.

Para comprender el significado profundo de cualquier hecho o proceso histórico complejo —como lo fue, sin duda, la mal llamada «conquista de México»—, es necesario analizar las contradicciones que irremediablemente se dan en su interior, distinguiendo entre la contradicción principal, que es la que imprime el significado histórico-filosófico profundo del hecho o proceso en cuestión, y las secundarias, que son las que aportan los matices.

En el caso que nos ocupa, la contradicción principal es la elección entre la vida o la muerte que debían hacer los pueblos dominados por los aztecas. En 1521, en Mesoamérica, existía una nación opresora (los aztecas) y decenas de naciones oprimidas. El estado azteca —de carácter totalitario y genocida— llevó a cabo una política de conquista de

otras naciones indígenas cuya finalidad era obtener seres humanos para ser sacrificados y devorados —literalmente— por los nobles y sacerdotes que ocupaban el puesto más alto de la pirámide social. Por tanto, se trataba de una elección bastante simple: o continuar siendo exterminados por aquellos que les sometían o aliarse con quienes podían llevar a cabo su liberación.

Una cuestión de números

Si un estado A matase anualmente a 572.760 personas durante un lapso de 35 años —lo que sumaría una cifra de 20.046.600 víctimas— y un estado B interviniese para poner fin a la masacre, ¿se posicionaría usted, estimado lector, a favor del estado A o del estado B? Le aclaro que las casi 600.000 personas asesinadas no son ciudadanos del estado A, sino de otros pueblos que este ha sometido por la fuerza.

Si toma partido por el estado B, debe saber que se estará situando del lado de Hernán Cortés, quien, el 13 de agosto de 1521, puso fin a la pesadilla antropófaga que los aztecas habían desarrollado en el territorio del actual México. Si, por el contrario, toma partido por el estado A, estará a favor del emperador Moctezuma.

Según Ángel Rosenblat, que ha realizado el estudio científico más serio hasta la fecha sobre la población de la América precolombina, en el momento de la llegada de Hernán Cortés, en México vivían 4,5 millones de personas²¹. El historiador estadounidense William Prescott afirmaba que «el número de las víctimas sacrificadas por año —inmoladas por los aztecas— era inmenso. Casi ningún autor lo computa en menos de 20.000 por año, e incluso hay

quien lo hace subir hasta 150.000»²². Esas 20.000 personas asesinadas suponen un 0,4% de la población total, porcentaje que, trasladado a la actualidad (México posee alrededor de 129 millones de habitantes), se traduciría en 572.760 asesinatos por año²³. Si tomásemos el dato de las 150.000 muertes que cita Prescott (3,33% de la población) y lo trasladásemos a la actualidad, estaríamos hablando de la muerte de 4,3 millones de personas al año.

Estas cifras nos llevan a una conclusión sencilla e irrefutable que se resume en la siguiente frase: el estado azteca fue el más genocida que ha conocido la historia. Frase que casi nadie se atreve a decir por temor a las represalias de los guardianes del aparato mediático-académico instaurado por la dictadura de lo políticamente correcto. De hecho, si esta verdad se dijera en voz alta, la leyenda negra de la conquista española de México se derrumbaría como un castillo de naipes.

Asimismo, es indiscutible que la mayoría de la sociedad azteca —salvo la nobleza y la casta sacerdotal— se sintió aliviada cuando se produjo la caída de Tenochtitlan, especialmente las mujeres, quienes, como señaló José Vasconcelos, bajo el despotismo del emperador Moctezuma «eran poco menos que mercancía, y los reyezuelos y los caciques disponían de ellas a su antojo y para hacerse presentes»²⁴.

HERNÁN CORTÉS: ¿CONQUISTADOR O LIBERTADOR?

A estas alturas —aunque no se diga—, ya nadie duda de que el lazo que unía a Moctezuma con sus feudatarios estaba basado en el terror²⁵, lo que nos lleva a afirmar que Hernán Cortés en realidad no conquistó México, sino que lo liberó del yugo azteca.

El 13 de agosto de 1521, una inmensa alegría inundó el corazón de las masas indígenas de Mesoamérica. Algunos sintieron alivio; otros, sed de venganza contra quienes habían sido sus verdugos durante años, contra aquellos que les habían arrebatado a sus hijos, padres y hermanos para llevarlos a rastras al Templo Mayor y ser sacrificados. Había llegado el día de su liberación y, aunque para muchos la ira era incontenible, aquel «extraño hombre barbudo» que llegó al mando de un ejército de 300 soldados logró poner orden e impedir la matanza.

Hernán Cortés de Monroy y Pizarro Altamirano nació en 1485 en el pequeño pueblo extremeño de Medellín. Hijo único de una familia hidalga poseedora de una viña, un colmenar y un molino, fue un niño bastante débil que en varias ocasiones estuvo a punto de fallecer por distintas enfermedades²⁶. ¿Quién podría pensar que, unos años después, se convertiría en uno de los soldados más lúcidos y recios de la historia? Sus progenitores lo mandaron a estudiar a Salamanca bajo la tutela de Francisco Núñez de Valera, cuñado de su padre, que era profesor de Gramática en la prestigiosa universidad. El joven Cortés aprendió latín, dialéctica y leyes, pero no logró el título de bachiller, como soñaban sus progenitores, y al cabo de dos años regresó a Medellín. Había adquirido una exquisita formación clásica, pero no quería ser un doctor en leyes, sino un héroe, un cruzado cristiano en América. Su ídolo era don Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, a quien deseaba emular, y lo que más le gustaba era el ejército, el combate y, sobre todo, la aventura. Para cumplir su sueño, Cortés se alistó en el ejército bajo el mando de Nicolás de Ovando. Antes de partir, decidió hacer una visita a una mujer casada, con tan mala suerte que el esposo llegó antes de lo que los amantes habían

calculado y el joven Hernán tuvo que huir por los tejados para salvar la honra de la señora y su propia vida. Por desgracia, la prisa hizo que resbalara, que cayera desde lo alto de un edificio y quedara mal herido. El accidente le obligó a retrasar su partida hacia América con Ovando, que, lógicamente, no esperó a que el joven se recuperara. Finalmente, Cortés zarpó hacia La Española en 1504. Allí ya se encontraba Ovando, junto con otros muchos extremeños, ocupando el puesto de gobernador de la isla, lo que le facilitó a Cortés su asentamiento.

En La Española, Cortés combatió a los caciques indígenas que se rebelaron contra la presencia española, y no debió de hacerlo mal, porque, una vez finalizada la revuelta, le otorgaron tierras en propiedad y fue nombrado escribano público de una de las localidades de la isla. Asimismo participó en la conquista de Cuba y consiguió la explotación de una mina de oro, lo que le convirtió en un hombre bastante adinerado. Pero Cortés quería más... Él no había cruzado el océano para hacerse rico, sino para ser un héroe y alcanzar la gloria conquistando nuevos pueblos a los que evangelizar. Quizá para congraciarse con el gobernador y conseguir el permiso para explorar nuevos territorios, Cortés se casó con doña Catalina Juárez, cuñada de Ovando, y, finalmente, en noviembre de 1518, al mando de una pequeña expedición, el extremeño partió del puerto de Santiago de Cuba rumbo a la gloria. A finales de febrero desembarcó en la península de Yucatán (hoy México), donde, como ya hemos mencionado, la nación azteca imponía su cruel dominio sobre otros pueblos, como los tlaxcaltecas, los texcocotecas o los cholultecas.

Cortés, al mando de 300 soldados españoles y cerca de 200.000 indios, tomó Tenochtitlan, la capital del Imperio

azteca. Al frente de las fuerzas indígenas iba una mujer, doña Marina, que había sido esclava sexual tanto de los aztecas como de los mayas, con quienes tenía sus propias cuentas que arreglar... Y esta es la verdad de la conquista de México, una conquista que en realidad la realizaron los indios oprimidos por los aztecas, conducidos por uno de los más grandes militares y políticos de la historia, el extremeño Hernán Cortés.

Tras la liberación

¿Qué sucedió después? Pues que los españoles mezclaron su sangre con la de los vencidos y los liberados. Como prueba de ello tenemos el caso de la hija del emperador Moctezuma, Isabel, que, tras la conquista, se convirtió en una de las mujeres más ricas e influyentes de México. Isabel tenía 30 años cuando se casó (era su quinta vez) con el conquistador cacereño Juan Cano de Saavedra, con quien tuvo cinco hijos, que fueron nietos de Moctezuma: Juan, Pedro, Gonzalo, Isabel y María. Las dos últimas tomaron los hábitos y vivieron en el convento de la Concepción, en Ciudad de México. Juan y Gonzalo se casaron con Elvira Toledo Ovando y con Ana Prado Calderón, respectivamente, hijas de hidalgos españoles.

Tras el final del salvaje Imperio de los aztecas, México se llenó de hospitales, de colegios bilingües y de universidades. España envió a América a sus mejores profesores, que impartieron sus conocimientos entre los indios y los mestizos. Tan respetuosos fueron los libertadores —o conquistadores— españoles que en 1571 se editó en México el primer libro de gramática de la lengua náhuatl, es decir, 15 años

antes de que en Gran Bretaña apareciera la primera gramática inglesa.

Concluida la conquista, y por iniciativa del propio Hernán Cortés, los españoles se dieron a la tarea de establecer lugares adecuados para la atención médica no solo de los europeos, sino también de los indios. El primer hospital de la Nueva España fue el Hospital de Jesús —originalmente llamado Hospital de la Purísima Concepción y Jesús Nazareno—, fundado en 1521, que Cortés pensó como un hospital destinado a prestar servicio sin distinguir entre españoles, indígenas y castas. El hospital fue tan bien planeado y tan perfectamente construido que ha resistido el paso del tiempo y está todavía en funcionamiento.

No se conoce exactamente la fecha de fundación, pero se presume que fue entre 1521 y 1524 cuando el doctor Pedro López, nuevamente por iniciativa del conquistador de México, fundó el Hospital de San Lázaro, el primer establecimiento hospitalario dedicado a los leprosos, sin distinción alguna de raza o clase social. En el año 1527, el obispo Julián Garcés procedió a la edificación de un hospital en el camino de Veracruz a México que pasó a ser conocido luego de su muerte, acaecida en 1542, como Hospital Real de Nuestra Señora de Belén. En 1535 se funda, en Puebla, un hospital exclusivamente para mujeres. En 1539, el obispo de Nueva España, fray Juan de Zumárraga, compadeciéndose del terrible sufrimiento de los sífilíticos, y con la anuencia del emperador Carlos V, decidió fundar el Hospital del Amor de Dios, que fue conocido también como el «hospital de las Bubas» y que estaba dedicado a la atención de las enfermedades venéreas. En 1553, gracias a la iniciativa de Vasco de Quiroga y Pedro de Gante, se funda en la Ciudad de México el Hospital Real de Naturales. Nacía así el primer hospital di-

rigido exclusivamente a los indígenas, que llegó a tener 600 camas. En el Hospital Real de Naturales los indios recibían una alimentación que hoy, en pleno siglo XXI, los más pobres de México, que siguen siendo los indios, no imaginan ni en el mejor de sus sueños. Dicho hospital no tenía nada que envidiar a los de España, Francia o Inglaterra. Fue el primero tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo en:

- 1) Tener una atención trilingüe.
- 2) Combinar la medicina tradicional europea con la medicina prehispánica, lo que le permitió las curaciones de muchas enfermedades a base de hierbas totalmente desconocidas en Europa.
- 3) Realizar autopsias masivas, sobre todo en tiempos de epidemias, en busca de respuestas para la cura de las enfermedades, lo que le permitió, además, crear una escuela de cirujanos de excelencia.
- 4) Llevar estadísticas precisas y detalladas de los pacientes, sus enfermedades y su evolución y de los medicamentos que se le suministraban.

Un detalle que muestra la calidad de la atención y el trato humano que recibían los indios es que las reales ordenanzas establecían que los practicantes —que conviene recordar que eran médicos— debían dar «por su mano, con caridad y cuidado, los caldos de sustancia a aquellos que estuviesen agravados, y demás clase de alimentos que juzgare conducir al alivio de los enfermos». La magnitud de la población de enfermos atendida, así como la gran cantidad de pacientes egresados con su salud restablecida, es evidencia de la calidad de la atención médica en esta institución, que fue la envidia de los hospitales europeos.